

Por Carlos Balaguer



(Para Elena Castro Morán)

Se escuchó una ola destruirse en la quietud y el estertor de vencidas alas submarinas, emergiendo desde el fondo, desde las hipermaterias. Mientras tanto, el anchuroso hemisferio expectante, como un ciego monstruo omnipotente continuaba anclado en el horizonte azul de hielo.

La joven en la ventana cuadrada de maderas podridas por las colonias de termitas, miraba hacia las voces prepotentes del océano y sus espumosas gargantas verdes. Los navíos de papel se deshielaban a lo lejos, tras la brumosa bahía. Su edad era del

La vida sólo tiene tres días

tiempo que tarda en nacer aquella ola y que tarda en romperse como frágil alabastro de estrellas. Recordó a la anciana verde con el cuerpo cubierto de raíces, de algas amargas que visitaba a los desaparecidos, a los que perdieron la memoria de regreso, a los que olvidaron de repente su amor y sus palabras. La carretera de asfalto negro continuaba su peregrinar de río de piedra, caliente y metálica. Desde ahí se divisaban las reventazones y más acá las crestas de piedra, de pescadores hechos piedra en el tiempo, desde que empezaron a romperse las piedras y la estirpe humana naufragó en naves de vidrio y aluminio y que la energía de la brújula y el astrolabio se detuvieron como palabras, como frases dolidas.

Vivir, ¿cuánto habremos vivido nosotros, leños cubiertos de pieles, de envolturas de envejecido cartón? ¿Quién hasta ahora nos ha medido el cuerpo y nos ha colocado — m e n t r a s dormíamos — en el féretro de vidrio de la existencia? ¿Qué madre amantísima y ultrajada amamantó la sed del naufragio que nos hizo despertar en una morgue de lirios y heladas baldosas? ¿Por qué inventamos el amor? ¿Por qué el dolor y el inesperado vacío que nos circunda?

Y la mujer se vio en el espejo amarillo, mientras la tarde se encendía cada vez más. Le gustaba vivir así, buscándose en los cristales, justificando las horas desveladas y el claxon largo y marino de los barcos pesqueros. Recordó cuando llegó hasta el muelle el tripulante de l bote de poliéster con su traje deportivo y sus anteojos negros de sol. La buscaba y se sintió desconcertante.

Bajó dificultosamente de la pequeña embarcación y trató de llegar hasta ella, tropezando. —Usted... perdone la tardan-

za, deme su mano que todo está borroso. Entonces ella le ayudó a seguir, amándole más que nunca. Entraron a la casa, le preparó algo de beber al ciego.

—Soy turista. Y me gusta la pesca. ¿Se estraña? Debe saber que también hay turistas ciegos. Deje eso sobre la mesa. No quiero deber nada. La sed se agota. Así como se agota la luz. Y la vida.

—Todo está en la intensidad conque se vive la sed, la luz y la vida.

—La sed sólo dura seis horas. La luz un poco más de las veinticuatro horas. Aunque dejemos abiertas las ventanas. La vida, por su parte, sólo tiene tres días. El itinerario de los antiguos barcos.

—¿Por qué me viene a buscar?

—Supe que se sentía sola. La vi desde lejos, apoyada en la ventana.

—Con la punta de la nariz hacia el mar.

¿Me vió?

—Sí, claro. Los ciegos también miran. Y me dio compasión.

—Te amo, turista despreocupado; te estuve esperando tanto tiempo.

—El ciego cambió de expresión. La mujer estaba exaltada.

—Creo que usted se ha equivocado. El corazón está ciego. El sol del meridiano borró el amor; lo dispuso como oculto manantial.

—No vine porque la amo, o por algo más. En el fondo la despreocio. Los ciegos también desprecian. ¿No lo sabía? ¡Uf! Y como todo el mundo, este loco mundo, esta multitud incógnita de veraneantes, también olvida. No obstante, me gusta la vida, así sin memoria, sin amor, sin sed. Al fin, de qué nos preocupa. Sólo fastidia tres días miserables en que se agotará la sed, la luz y la arena blanca de los caminos.

La mujer seguía mirándose en el espejo amarillo, recordando

al hombre del bote de fibra plástica que llegara hasta el muelle, con ropa de portiva y anteojos de sol. Fue hasta su cuarto y abrió la gaveta de una mesa de noche, sacó unos sobres y papeles. Rompió cartas de amor, o de algún sentimiento parecido. Seleccionó algo. Era un boleto de tren. De color verde y letras rojas. Borrosas. Lo atrapó entre sus manos blancas y cerró los ojos. El reloj de la pared marcaba las cuatro de la tarde. Se cambió ropa y salió a la calle, no sin antes abrir su bolso, comprobar que llevaba las cosas indispensables y sacar sus anteojos oscuros. Y se la vio vagar por las calles sin sed, sin luz y presurosa rumbo a la vieja estación de trenes.

Un estruendo se escuchó llegar. Era la locomotora con sus vagones de vidrio. Subió y el conductor de caucho y hule le saludó cortés con su voz electrónica.

—Buenas tardes, mujer. Llegaremos a tiempo. El transcurso está programado. No se puede hablar de errores. Aún quedan seis horas. Le quedará tiempo para reflexionar. Busque nuevas alternativas. Piense si no será mejor perdonarles.

—El conductor dejó de hablar y se volvió hacia atrás, señalándose los asientos del vagón, ocupados por los extraños viajeros.

—Mírelos. No la interrumpirán. Excepto si usted acciona sus mecanismos. Le hablarán. Y le mirarán a los ojos. Y la verán intriguados. Y tratarán de hacerle mejor el trayecto. Inténtelo. Aún quedan cinco horas cuarenta y cinco minutos. No se apresure. Es cosa rutinaria. Un viaje más, al fin.

La mujer lo dejó hablando a solas.

—Un momento, joven; olvidaba decirle algo importante. Uno de ellos vive. O mejor dicho, no es artificial. Si tiene suerte será su compañero de asiento.

Y el vagón de vidrio comenzó a caminar y caminar. El color derritió los cuerpos de hule y la mujer empezó a recorrer los vagones haciendo preguntas necias a aquellos vlejeros silenciosos y sus palabras se perdieron con el rumor monótono del tiempo, que seguía pasando como convoy frágil y solitario.

Desde España

Una carta de amor

Por Juan Antonio Cabezas

Desde Freud, se presume, quizás un poco ingenuamente, de haber liberado no al amor, sino al instinto elemental, de sus múltiples tabúes ancestrales. Ello ha puesto de manifiesto la viciosa condición humana en el polo opuesto de la auténtica sensibilidad. La erotización, convertida en supremo objetivo vital, al transformar en fin lo que no debe pasar de medio placentero, llega a lo enfermizo, sobre todo en las sociedades de más alto nivel económico.

Cada nuevo romance sentimental —nuevo "Love Story"— que aflora a las pantallas, me recuerda la noticia que hace algunos años fue deletreada por las linotipas de la prensa universal. Una noticia apasionante en su conmovedora simplicidad. El escueto suceso puede resumirse así: Una maestra de escuela norteamericana, soltera, seca, encorsetada de puritanismo, descubre entre los papeles de clase de uno de sus alumnos una carta de amor. No aclaraba la referencia periodística la edad del escolar, pero quizá no hace falta. (Cualquiera de mis lectores adultos puede calcularla con un ligero esfuerzo nemotécnico y una mirada por la ventanilla interior abierta hacia su florida pubertad).

Uno puede imaginar a la seca y dura maestra en el momento de echarse sobre el papel —cuerpo del delito— dispuesta a saborear, eso sí, roja de indignación y de escándalo, esas palabras que, en verso o prosa, se escapan de un corazón adolescente a los márgenes de un libro de texto, o al papelito destinado a proporcionar al enamorado los primeros sinsabores deliciosos.

Cuando realmente empieza la originalidad del caso es cuando la maestra puritana descubre el rígido laconismo de la que suponía apasionada misiva de amor. De su carácter amoroso no cabe duda. Pero la carta sólo contenía estas palabras: "Querida Hervie: ¿Me amas? (Sí... No)... Marca una cruz en una de las respuestas". ¡Conmovedora síntesis de un amor sin historia! Un amor que llega bajo el signo de la más auténtica timidez. El adolescente confiesa por adelantado su amor en ese "querida Hervie". Después pide con urgencia, con dramática perentoriedad, un sólo monosilabo. El monosilabo afirmativo de la romántica Margarita: "¿Me quiere? ¿No me quiere?" El "Sí" que, a través de los tiempos, ha sido, es y será la clave del arco biológico y metafísico del amor humano. ¿Qué sería del colegial si Hervie marcara el "No"? El plantea la disyuntiva entre un "Sí" y un "No", con la esperanza de que triunfe el polo positivo de su existencia, tempranamente atormentada. ¿No es el esperado "Sí" el que han demandado con desesperante angustia todos los "flechados", "feridos", diría Don Quijote, por el venablo del mítico dios?

Sobre el rígido laconismo del colegial anglosajón, que nada nos dice del color de los ojos de su amada, alguien ha escrito: "Después de dos siglos de exaltación de los aspectos prácticos de la vida, Norteamérica ha llegado a esa laconica, algebraica y triste carta de amor". Y agrega el pesimista: "En eso han terminado Abelardo y Eloísa, Laura y Petrarca, Margarita y Fausto, Hamlet y Ofelia, Romeo y Julieta, Dulcinea y Don Quijote?" Ganas de "tomar el rábano por las hojas". Es falso decir que una exaltación de los aspectos prácticos de la vida, haya influido en el puro amor de ese escolar para determinar el laconismo de su misiva. Lo que realmente pudo influir sería la propia cargazón sentimental que, si llega a tales extremos, no admite palabrerías. No hay motivos para desmelenarse farsaicamente. El adolescente que encuentra la fórmula de dirigirse a su "querida Hervie" y pedirle que en un sólo monosilabo resolviera la clave de su destino, nos descubre algo tan fuerte y verdadero que bien podemos suponer que, una vez obtenido el "Sí" o el "No", sería capaz de escribir con la fuerza y la positiva alegría de su amor, o con la tristeza negativa del desdén, otro de esos poemas de amor, digno de ser incorporado al repertorio humano de los que llenaron de sueños nuestra adolescencia.

No nos extrañaría que detrás de esos monosilabos se ocultasen la felicidad o la tragedia. Cuando el enamorado no acierta con la palabra y se queda en el puro gesto, en el silencio de la más alta temperatura emocional, es cuando elige el signo geométrico, de las dos rayas cruzadas sobre un monosilabo.

El primer deslumbramiento amoroso es mudo y trémulo. Cuando los enamorados hablan y hablan, es cuando el amor empieza a tener historia. Cuando ya empieza a ser agua pasada para el corazón. Dante no escribe la "Divina Comedia" hasta que Beatriz se le convierte en pasado, en sublime poesía de recuerdos.

Uno piensa que el colegial americano reacciona exactamente igual que todos los grandes sentimentales al descubrir dentro de sí el impulso mágico del amor. Son los eternos cánones del enamoramiento en cualquier época o latitud. Lo único que se le ocurre es preguntar a su Hervie: "¿Me amas?" "Dime "Sí" o "No", para que pueda morir de felicidad o vivir en plena angustia". Es lo único que el enamorado necesita perentoriamente. La concreta afirmación de un monosilabo. Después ya vendrá lo que tenga escrito en su libro el destino. Margarita, Eloísa, Julieta, Dulcinea, Beatriz, Madame Chaudat, Fortunata, Ana de Ozores, Hervie, ¿qué importa? ¿Qué diferencia hay entre la flor que deshoja Margarita y los monosilabos que el escolar americano dirige a su amada? Por lo demás, nada sabemos de Hervie. Ni siquiera si su delicada mano habrá temblado al tachar uno de los dos monosilabos.

Filosofía, Arte y Letras